

Viaje de ida

La mayoría de la gente no entiende porque me niego a acercarme a un tren o porque cuando vislumbro por casualidad un rail mi cara se nubla de pánico; ellos me creen un loco, quizás un enfermo mental, aunque al no suponer una amenaza para nadie no les importa demasiado y lo consideran, posiblemente, una simple fobia o una paranoia leve. Lo que ellos no se pueden imaginar es el origen de este terror; éste sin ninguna duda ultrapasa cualquier tipo de especulación y ni siquiera un enfermo mental puede llegar a suponérselo.

Todo empezó un cálido y soleado día de verano, el sol brillaba con más esplendor si cabe que cualquier otro día, el cielo mostraba sus azules ropajes de gala como un rey cuando debe celebrar un banquete con algún invitado de especial distinción. Me dirigía hacia la estación con serenidad, iba con tiempo sobrante para subirme al tren con destino a mi ciudad. Me encontraba en un pequeño pueblo de unos dos mil habitantes. Había ido allí para rubricar unos escritos que me acreditaban como propietario de unos terrenos recientemente heredados; la gente del pueblo era amable aunque con unas ideas bastante arcaicas.

Por el camino me topé con un curioso anciano; aparentaba unos noventa años, pero aun así se mostraba especialmente lúcido y se movía a un ritmo impropio de un nonagenario. Ese anciano me daba mala espina, era como si le conociese de algo; no era una vaga sensación, era una sensación muy profunda. Cuando me crucé con él estaba charlando con una joven; aunque con disimulo intenté escucharles, no logré captar la conversación.

Unos minutos después del encuentro con el nonagenario me encontré con un ser aparentemente más agradable, era un hermoso gato negro. Su pelo relucía con el sol y enseguida se me acercó rogándome caricias. El gato no cesaba de ronronear y, aunque como amante de los animales me fuera deleitado estando con el minino varias horas, mi tiempo apremiaba y debía continuar mi trayecto. Pero el gato no estuvo conforme con mi decisión y se decidió a seguirme, lo cual me hizo gracia al principio, pero a medida que iba andando el felino se hacía más y más molesto hasta llegar a enojarme y en un arrebato le golpeé con el pie para alejarlo de mí, mas al gato esto poco le importaba y seguía con su ardua labor. Viendo que la violencia no le apartaba decidí seguir esquivando como pudiera al escurridizo minino. Por fortuna en una callejuela me encontré con un niño jugando a pelota y sin pensármelo dos veces le pedí ayuda al muchacho; le ofrecí mantener al gato a su lado mientras me alejaba a cambio de una pequeña cantidad de dinero; el niño aceptó mi propuesta sin pensárselo demasiado. En ese momento me estremecí al percatarme de la ausencia del simpático felino; no me hubiera espantado si no fuese porque un segundo antes de coincidir con el chiquillo había visto al gato y porque mientras hablaba con él seguía notando el roce del minino con mi pierna.

Con tanto ajeteo se me había hecho muy tarde, al darme cuenta me fui del callejón sin dar ninguna explicación al niño y aceleré mi paso para poder llegar a la estación a tiempo. Finalmente llegué a la estación sin más percances diez minutos antes de la hora de partida de mi tren.

Aguardando al tren había dos mujeres de mediana edad, un joven de unos veinte años, un hombre de aspecto extranjero, probablemente francés, dos mujeres de edad avanzada y el anciano con el que había coincidido en mi camino.

Al ver de nuevo al nonagenario me di cuenta del motivo por el cual ese anciano me resultaba familiar. Todo sucedió una noche de invierno, aproximadamente tres años atrás; esa noche no me sentía muy bien de salud a causa de la gripe propia de esas

fechas y poco después de tomarme un caldo caliente me eché. Esa noche tuve una pesadilla aterradora; me encontraba en medio de un desierto titánico completamente vacío; a mí alrededor no había nada, el cielo estaba totalmente oscuro, sin luna ni estrellas, sobre la arena no se veía ningún tipo de planta o arbusto. Entonces apareció el anciano; en un abrir y cerrar de ojos en mi paisaje vacío apareció este hombre articulando palabras que no logro recordar, aunque recuerdo perfectamente el efecto que sus palabras me causaron. Me desperté muy alterado y gritando. Los hechos no hubieran trascendido de no ser por encontrarme, estando despierto, con el hombre de una pesadilla al cual creía producto de mi imaginación y mis miedos.

El tren llegó puntualmente a la estación y la gente que aguardaba al tren subió de manera ordenada y pausada. El tren estaba dividido en compartimentos independientes con espacio para seis personas. Los asientos eran aterciopelados y en la parte superior de éstos había un pequeño maletero; en los habitáculos había también una puerta medianamente robusta de madera de roble y en el otro extremo una ventana con una obertura en la parte superior de, aproximadamente, una cuarta parte de su tamaño; contiguas a la ventana había dos cortinas también aterciopeladas combinando perfectamente con la tapicería de los asientos.

Yo fui el primero en entrar y acomodarme al lado de la ventana; poco después entró el joven y tomó asiento enfrente de mí; luego el caballero francés se acomodó al lado del chico y, finalmente, el extraño nonagenario se colocó junto a mí. El anciano llevaba consigo más equipaje que los otros ocupantes del habitáculo, pero como abundaba el espacio colocó algunas de sus cosas en uno de los asientos restantes. De su equipaje llamaba la atención una extraña caja negra con unos dibujos muy extraños en uno de sus laterales; los dibujos parecían representar algún tipo de ofrenda hacía algún dios. El anciano percibió nuestras miradas a la extraña caja y dando muestras de su poco habitual agilidad mental nos comentó que estaba trabajando en la investigación de una cultura índica, los “matruns”, de la cual existe poca información, por no decir ninguna. Al cabo de veinte minutos de viaje abandonamos la zona en la que regía el clima mediterráneo con encinas, alcornoques, robles y castaños como abanderados; ahora entrábamos en una zona de clima oceánico y, en este caso, los árboles más abundantes en la zona eran las hayas, los abedules y los arces.

El paisaje sumado al suave traqueteo del tren y a la dulce brisa cálida eran los ingredientes necesarios para que acabara, sin darme cuenta, sumergido en un sueño profundo; antagónicamente al ambiente durante mi cabezada tuve una espantosa pesadilla.

En mi pesadilla me encontraba yo solo en el tren. Iba buscando a alguien por todo el tren aunque no logré encontrar a nadie en ningún rincón del tren. El tren marchaba cada vez más y más deprisa, hasta llegar un momento en el que no pude aguantar en pie y opté por continuar reptando hasta llegar al último vagón. En ese momento un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; fue cuando me di cuenta de que el tren se había detenido. Me levanté y pude observar que me encontraba en un lugar distinto. A mí alrededor solo se podía ver oscuridad; no sabía con certeza donde estaba, tan solo pude observar una pequeña antorcha al fondo de lo que consideré una cueva. A partir de este punto soy incapaz de describir lo que sucedió; ocurrió algo ajeno a mi capacidad de comprensión. Al fondo de la cueva había un Ser distinto a nada que hubiese visto con anterioridad, lo único que soy capaz de decir es que tenía la piel de color rojo fosforescente y, diría, que en su cabeza tenía algo de color negro. No sabía porque, pero notaba que el Ser tenía un poder que ultrapasaba lo imaginable; le temía porque percibía que no necesitaba atacar para provocar la muerte, tenía bastante con desear mi muerte si quería matarme y eso me hacía sentir terriblemente indefenso. El Ser conocía mi presencia en ese lugar, pero

no me prestaba atención..., hasta que de repente lo tuve detrás, no le vi, ni le oí, pero supe que estaba detrás de mí porque ya no estaba al final de la cueva y porque tenía una sensación de pánico desconocida hasta entonces.

En ese momento me desperté emitiendo un alarido que asustó a mis compañeros de viaje, excepto al anciano; él ni siquiera pestañeó. Fue entonces cuando pude ver gravado al Ser de mi pesadilla en la caja del nonagenario. Logré no gritar, pero no pude evitar el sudor frío que en pocos segundos patinaba por toda mi tez hasta llegar al trapo húmedo que era ahora mi camisa.

El viejo me dijo a la sazón, como si me hubiera leído la mente, que, según las leyendas de los “matruncs”, la rara caja provocaba pesadillas a quien durmiese a su alrededor y añadió, con una pequeña carcajada, que él no creía en semejantes paparruchadas. Al cabo de tres horas del inicio de mi viaje me empezó a entrar hambre y decidí ir al vagón restaurante dispuesto a cenar algo ligero. Fue durante mi visita a dicho vagón, disponiéndome a cenar, cuando mis ojos contemplaron el horrendo espectáculo que supone ver el cadáver de un hombre asesinado de tan salvaje modo, capaz de estremecer incluso al asesino más cruel y despiadado de este mundo. El muerto tenía las córneas totalmente quemadas cual si hubiera estado expuesto a unas temperaturas muy superiores a las soportables por cualquier ser vivo; además el muerto tenía los huesos de los brazos doblados de manera que los dedos de las manos quedaban escondidos por un amasijo de huesos dispuestos caóticamente; los músculos anteriormente pegados a dichos huesos ahora estaban extendidos al lado del difunto, como si fueran dos alfombras rojas y la sangre reseca pintaba gran parte del vagón. El cadáver tenía también las piernas rotas por varios puntos y en su rostro se podía leer un terror inhumano. En cuanto vi la escena no pude evitar ponerme a gritar como un loco y en pocos segundos otros pasajeros junto al revisor acudieron a mi auxilio, reaccionando ellos a su vez de modo similar al mío. El fiambre era, tal y como imaginaba, el encargado del vagón restaurante. El maquinista y el revisor tomaron la decisión de hacer una parada no prevista en la siguiente ciudad y, sin permitir el descenso de nadie del tren, poner en marcha una investigación exhaustiva de lo acontecido.

En la ciudad subieron el detective F. Trovelac junto a dos robustos hombres por si se complicaba la cosa. El detective dio la orden de continuar la marcha alegando la seguridad actual de los pasajeros del tren y ya que éstos, a excepción del asesino, no tenían culpa alguna de los hechos se merecían, pese a lo macabro de la situación, llegar a sus destinos. Justo al entrar al tren F. Trovelac empezó su labor interrogándome a mí, aunque enseguida se percató de mi desconocimiento de cualquier dato relevante en la investigación. A continuación el detective interrogó al resto de los pasajeros y a la tripulación del tren con el mismo resultado.

Con el ajetreo llegó la madrugada sin percatarme de ello y decidí ir a descansar un rato a mi ansiado asiento. Mis compañeros no parecían alterados por los hechos, puesto que ninguno de ellos vio el cadáver, y todos, excepto el anciano, dormían plácidamente. El nonagenario me asaltó con unas preguntas que me recordaban a las de los niños interesados en conocer los regalos que recibirán el día de Navidad.

-¡Cuéntame todo lo que has visto!-me dijo el viejo con voz ansiosa de recibir respuestas- No omitas detalle alguno por muy macabro que resulte, tú cuéntame...

Su petición fue correspondida y le conté todo lo que había presenciado; en ese momento su rostro tomó un aire especialmente macabro.

-¿Ah sí?-me dijo el viejo acercándose, expectante, a mí- ¿Y que sensación has tenido al encontrarte con dicho espectáculo?

-El terror me paralizó – contesté con voz temblorosa por la reciente conmoción- y la verdad es que le puedo contar poco más, tan sólo puedo añadir que lo visto me horripiló y me causó asco; no sé cómo alguien puede hacer algo así.

Durante todo el diálogo el viejo parecía mofarse de mí y en su rostro se podía advertir una mirada burlona y una sonrisa de oreja a oreja. No sé si lo que me ocurrió después tiene relación con esta imagen, pero ese anciano me puso la piel de gallina ya que aún habiéndole contado mi macabra historia su sonrisa no se borró de su cara, incluso juraría haberla visto aumentar.

Pocos minutos después me sumergí, sin desearlo, en un profundo sueño. Tal y como en la anterior ocasión, el escenario donde transcurría mi sueño era el tren, aunque en esta ocasión me encontraba en el vagón restaurante hablando con el encargado del mismo; en el sueño no tenía presente la reciente muerte de dicho hombre y hablaba con él de un modo totalmente natural. Hablábamos de temas sin importancia hasta que de pronto me empezó a recorrer un sudor frío por todo el cuerpo y sentí cerca de mí una presencia increíble, a partir de este punto, por fortuna, no logro recordar el resto de mi pesadilla, como si algún sistema en mi cerebro supiera que el hecho de recordar estas imágenes me haría enloquecer. Me desperté empapado de sudor y con una temperatura corporal rozando la hipotermia, decidiendo al instante abandonar mi asiento puesto que tenía la sensación de debilitarme más y más cuanto más tiempo permanecía allí.

En mi paseo hacia ninguna parte pude ver algo que me hizo desear más que nunca bajar del dichoso tren cuanto antes, pero después de lo acontecido nadie podía hacerlo bajo ningún concepto. En uno de los vagones, no recuerdo cuál, pude ver, entre el gentío, el cadáver de los dos acompañantes del detective; los dos habían muerto de manera tan salvaje como el hombre del vagón restaurante; a ambos les faltaban las entrañas junto con toda la piel y los músculos de la zona abdominal. He de añadir que tenían los ojos quemados cual la primera víctima y que en el lugar donde antes tenían el estómago ahora se podía distinguir su columna vertebral perfectamente y sin rastro alguno de sangre. Ambos cadáveres tenían la zona inferior del pecho totalmente quemada de modo que la piel, los órganos y los huesos parecían estar fusionados; era algo increíblemente horrible. En esta ocasión no pude evitar las nauseas tras contemplar el macabro espectáculo; lo que realmente me sobrecogió es que dos robustos hombres no hubieran podido hacer nada contra el asesino.

F. Trovelac no se había alterado por lo sucedido. Él seguía realizando su investigación como si nada hubiera sucedido; parecía seguro de sí mismo y se mostraba impasible hacia todo cual si estuviera en una situación completamente normal.

Viendo su carácter ante tal situación decidí tener una conversación con el detective. Ese hombre me intrigaba e inquietaba sobremanera; había algo macabro y perverso, pero a su vez sabio y sensato, en su mirada. Hablando con él pude descubrir que no habían mandado a un detective cualquiera; F. Trovelac había sido expulsado de la policía hace varios años a causa de un incidente en el que resultaron heridos tres civiles, por causa, según el detective, justificada, aunque no me especificó cual. Mas según me relataba, poseía conocimientos valiosos y al cabo de unas semanas de su despido volvieron a contactar con él para que regresara al cuerpo. Bebíamos güisqui a la vez que conversábamos, hecho causante de un coloquio típico de dos amigos de toda la vida, aunque atípico en nuestro caso.

-Sabes... – dijo el detective en un estado de embriaguez considerable- todo esto que ocurre... no es nuevo para mí... aunque en la otra ocasión pude huir a tiempo justo antes de enloquecer... por eso me despidieron... ese maldito Ser... Ahhhgg... – F. Trovelac empezó a sacudirse espasmódicamente en el suelo, aparentemente sufría un infarto al corazón- Ahhhhgggg...

Me acerqué a él para socorrerle, pero él frustró mi intento.

-No... no intentes... nada... es mejor así... ¡Y tú huye de aquí cuanto antes! Si no lo logras... –con sus últimas fuerzas me facilitó su revólver- Por tu propio bien, no dudes en volarte la tapa de los sesos si no logras huir...

Los siguientes sonidos emitidos por el detective fueron tan solo balbuceos incomprensibles y seguidamente el detective murió.

Tras esta muerte no cabía duda de la cercanía cronológica del final del viaje; cuatro muertos y ningún miembro de la autoridad presente en el tren eran una carga demasiado pesada, pero, pese a todo, en ese momento cruzábamos una enorme zona boscosa, estando a un par de horas la estación más cercana.

Dos horas me parecían una eternidad en esas condiciones; mis nervios estaban especialmente alterados, mi corazón latía más rápido de lo normal y mi imaginación no cesaba de conjeturar historias vividas por otras personas o incluso por mí.

El médico dice que el fallecimiento de F.Trolevac me condenó a la locura. Tal y como el psiquiatra decía, supone demasiada presión para cualquier persona el hecho de contemplar cuatro muertes consecutivas y más si tenemos en cuenta las circunstancias.

No... ellos se equivocan; yo soy una persona difícilmente impresionable y lo acontecido, aunque me impresionó mucho, no me perturbó tanto como creen... ¡Yo sé lo que vi!

Además si no es cierta mi historia ¿cómo pueden explicar mi actual estado?

Yo iba andando de vagón en vagón contemplando el bosque de abedules que travesábamos. En el bosque vislumbré algo que destacaba en ese paisaje. En el fondo se podía contemplar una figura negruzca aproximándose. Dios me castigó con tan buena vista pues entre los árboles pude discernir esa figura... ¡Era un gato negro! Este hecho no me hubiese asustado de no ser porque ese animal se dirigía hacia el tren a toda velocidad y juraría que durante una fracción de segundo fijó su penetrante mirada en mí y, aunque me traten de loco, ¡se reía de mí!

Ya no podía aguantar más, no pude evitar coger el revólver y quitarle el seguro, preparándome para acabar de una vez por todas con mi agonía..., pero entonces se me acercó el anciano y, sin mediar palabra, me tomó la pistola marchándose al momento por donde llegó. Me quedé allí plantado sin poder moverme.

Existe un fragmento de mi historia desconocido para todo el mundo, si más no hasta ahora, y si algún psiquiatra lee lo que voy a contar probablemente no tarde en encerrarme en un psiquiátrico, pero yo aseguro que, aunque reconozco que es increíble, es todo real.

En el fondo del tren relucía una luz roja, no sé porque, aun sospechando el peligro que corría, fui hacia allí, no lo pude evitar...

Pude contemplar la horrenda estampa durante unos pocos segundos, tiempo en el que evité perder el conocimiento. El Ser media unos dos metros de alto y era muy corpulento, su piel era roja brillante y llevaba una enorme capa negra; de su antropomórfica cabeza surgían dos enormes cuernos y se podía ver a un gato negro posado entre sus dos patas cabrías. Tuve tiempo suficiente para contemplar el Ser mofándose de mí y entendí sin necesidad de palabras o gestos que no quería matarme...

Me esperaba un destino más cruel aún... ¡A mí me había condenado a la vida! En cuestión de segundos el Ser colocó sus zarpas en su boca y estirándola hacia los laterales provocó el brote de una horda de pequeños sátiros los cuales, a medida que iban surgiendo de las fauces del Ser, danzaban alrededor de él... Debía haber cientos de ellos cuando, de repente, el Ser alargó más las manos hacia los lados hasta llegar a desaparecer replegándose sobre sí mismo para, de este modo, desplegar una tropa aún mayor de sátiros dirigidos ahora por un hombre, que en ese instante no pude distinguir, surgido del interior del Ser.

Me desperté al cabo de un mes en la cama de un hospital. Al despertarme un policía me interrogó puesto que todos mis compañeros de viaje habían desaparecido y con ellos el tren que me destrozó la vida, evidentemente el policía consideró que mi historia era producto de la demencia y me puso en manos de psiquiatras.

La verdad es que envidié y envidio a los fallecidos, ellos no llevan consigo la carga que yo llevo; toda esa pesadilla ha dejado serias secuelas en mí. No tenía ni piernas ni el brazo izquierdo, asimismo tenía el rostro con quemaduras de primer grado y había perdido todos los sentidos a excepción del tacto y, en parte, el oído. No puedo continuar viviendo así, cada instante de vida se convierte en un suplicio inimaginable; no es por mis condiciones físicas actuales, sino por las mentales... No logro conciliar el sueño durante más de dos horas consecutivas a causa de mis ataques de ansiedad y de mis pesadillas. Y por encima de todo... no sufro a los gatos ni a los ancianos y si por casualidad me cruzo con un rail prácticamente enloquezco...

He conseguido un revólver y todo está dispuesto para que, cuando acabe de relatar mi historia, mi vida llegue a su fin. Espero que mi relato sirva para advertir a los lectores de poderes ocultos escondidos más cerca de lo que se imaginan...

Por mucho que lo intento no logro olvidar mi último instante de conciencia en el tren...

Desde el principio lo sospeché, pero esperaba estar equivocado... Difícil de creer que semejante imagen escondiera tanto poder... Jamás podré olvidar esa figura..., y por encima de todo jamás podré olvidar esa cara... ¡Porque el rostro del hombre surgido del Ser era el del maldito viejo!